

Villa Laura (1986)

Las recetas de Regine

Regine se acerca a Nasar (su papito) con libros firmados. Le trae uno de Dumas y le dice que está firmado, pero por su hijo. Nasar se sorprende, le aclara que eso no cuenta. Que no son la misma persona, no son sus logros. Regine dice que es como ellos dos, que ella tiene su ADN, que ellos son igualitos. Nasar no discute. Luego ella le da un libro de Proust. Y Nasar cuestiona si ese viene firmado por el nieto. Regine le aclara que por la nieta. Nasar finge estar molesto, pero luego sonrío.

Con los años su padre ganó manías. No le gusta que lo tuteen, no da la mano y roba las cucharas de los restaurantes a los que va. O al menos lo hacía hasta que el periodista y escritor peruano Elías Monterroso lo expuso en una nota que primero llegó a España y luego a escándalo francés.

Regine lo ve en ese restaurante francés alguna vez liderado por una mujer campesina. Describe su cara. Ya no tiene la mirada fría, de loco, de ladrón y asesino. Tiene la mirada hundida por la edad. Y los ojos más chicos por el peso del tiempo. Aún da miedo mirarlo, porque parece molesto. Pero ahora sus mejillas están más hinchadas como el resto de su cara. Parece siempre estar sonriendo. Ahora siempre se ve molesto, pero de manera irónica.

-/Canárd du pupel/

-Papito, déjame pedir a mí.

Y él acepta el comando, porque viene siempre con una sonrisa de su princesa. El mozo, con acné vencido, mira al escritor que mantiene la mirada por 6 segundos y

luego la cuchara. No el cuchillo ni el tenedor. Y luego lo vuelve a mirar nerviosamente. Y el escritor sigue mirando. Molesto y a la vez alegre. O extraño.

Luego el escritor se entretiene mirando a los otros, quienes voltean a ver, pero solo a su princesa. En las otras mesas la luz acaricia las ropas y peinados de gente refinada. Mujeres con aretes grandes y peinados trabajados. De esmero ajeno y de hombres elocuentes, que siempre están hablando cuando Nasar los mira. Excepto uno, que no voltear a ver. Y Nasar sospecha. Con la edad sentía que el mundo lo miraba y él no quería ser visto. Solo quería observar.

En esa Francia varios conocían sus textos, pero no todos amaban las versiones traducidas (las cuales Nasar consideraba espurias). Pero cada vez más gente creía conocerlo por esas versiones que las suyas (las escritas en español). Entonces la gente quizás lo imaginaba de otra manera, de otra edad, de otra cara.

Y esto pensaba, mientras los murmullos franceses, que él sentía como teleografiados, cruzaban hasta cada barricada. Entre su hija y el mozo. Porque Regine intentaba pedir que se le sirviese de una manera. Quizás una manía incipiente que por suerte abandonó cuando se hizo abuela.

-Papito, ¿te vas a llevar esa cuchara?

-No quiero ser clonado

Y entonces el papá agarraba la gran tela que a veces ponía en sus muslos o que dejaba huérfana sobre la tercera silla inútil o la cuarta. Y explicaba uno de sus cuentos, sin antes mirar si alguien lo miraba, si alguien iba a escuchar su relato, si el hombre callado de la mesa derecha seguía callado.

Porque si no hablaba y no miraba, entonces escuchaba. Si no hablaba y no miraba, estaba escuchando.

Cuando la demencia se hizo evidente, unos meses después, cuando se supo la enfermedad de la abuelita Laura, unos años antes de ganar el Nobel, unos años antes de escuchar las voces y de mezclar el tiempo, unos días antes de olvidar su nombre, aquel minuto, en aquel juego, con mi abulito, el tiempo se detuvo. Y no importó nada más. Porque esa fue mi verdadera despedida.

-“El clon de Dios” o “Casi Dios”

-¿De qué trata?, papito.

Y explicó Nasar sobre ese doble mantel, carmesí y hueso, a escondidas, a volumen bajo.

-¿No escribiste ya algo así?

-No, hija. O quizás sí, pero aún no lo publico.

Clonaban a un hombre, pero no a cualquiera, al más perfecto.

-¿Cómo al más perfecto? ¿Al más bonito?

No, con perfecto se refería al hombre que había dado su vida por la de otros. Aquel modelo que buscaba la Unión Soviética rechazando la eugenética. Porque ellos buscaban al hombre perfecto en un estado natural. Pero el hombre perfecto es el hombre muerto. Como en el cuento, el hombre perfecto solo se había revelado luego de ver en el tren los estados de la vida, de ver a la humanidad como un organismo vivo que debe defenderse. Y entonces eso hizo: hizo la diferencia. Cuando amenazaron a las personas de ese tren. Cuando los explosivos fueron anunciados, aquel hombre luchó con todos ellos y se los llevó fuera donde la luz fue la señal que los hombres vieron. La confirmación de que podían ser mejores. Entonces mucha gente grabó su sacrificio en los relatos orales. Y en los escritos.

Y él fue el molde. Rusos, americanos, italianos y franceses quisieron su versión del hombre perfecto. Y así criaron a su hijo nuevo. Unos con la rigidez militar, otros intentaron darle valores cristianos, otros lo hicieron defensor de la pizza tradicional y los otros quisieron que él justificara lo superior de su historia y de su lengua.

-Papito, ¿y su familia? ¿Tiene familia o así no más es?

Nasar, concentrado en su hija, volteó y vio que el hombre de la derecha ya no estaba. Entonces pudo contar el final.

Explicó que lo otro estaba por terminar, pero que tenía los diálogos, esperando en que sea una película de 5 horas.

También dijo, como era evidente, que cada versión del hombre perfecto fue distinta por la cultura, por su gente, por los susurros y “vitóres”. Pero que el hombre perfecto volvió a ser el hombre muerto. Cada uno volvió a sacrificarse por los indefensos. Cada uno jamás llegó a la vejez.

-Y el texto anuncia que el relato es falso. “Esta historia es falsa”

-¿Por qué?

-Porque nunca debe suceder.

Balto and Alma song

The anonymous trees cry, because they know the end. I am just a girl who follow the music. The beats. Esmeralda, my sister, is singing. And the singing is goodbye. I walk to the house. See the dog, the ancient one. The Grass. The residuals of the cobbled road. And “Leonora”, the tree with name, points out the Sun. I push the door with my tiny strength and follow the music. Abulita. Abulita is there.

Mi voz puede volar,

puede atravesar

Cualquier herida,

cualquier tiempo,

cualquier soledad

Sin que la pueda controlar

toma forma de canción

Así es mi voz

que sale de

mi corazón

Y estos recuerdos ahora los sueño en el idioma de mi abuelo. Y mi hermana canta y mi mamá baila. Y la abuela Laura se une.

Mamá. Lucha. Mamá, debes seguir luchando. Quiero llevarte de viaje. Cuando crezca, te llevaré de viaje.

Y volará

sin yo querer

Por los caminos más lejanos,

por los sueños que soñé

Será el reflejo del amor de

lo que me tocó vivir

Será la música de fondo de

lo mucho que sentí

Y oye mi son

mi viejo son

Tiene la clave de

cualquier generación

En el alma de mi gente,

en el cuero del tambor

En las manos del conguero,

en los pies del bailador

Yo viviré, allí estaré

Yo viviré,

yo viviré

Yo viviré y

allí estaré

Cuando el sueño se esfuma, siento dolor en el pecho, pero recuerdo que viajé con mamá, que le di regalos. Que la lloré todo lo que pude llorarla. Y que busqué en sus recuerdos. Me encontré en ellos, de la forma más dulce, y me sentí amada.

Cuando era niña, el idioma hacía todo misterioso, como les pasa a ustedes ahora mismo. Solo me quedaba entender los sonidos, los gestos. Mum, I used your words. I used your voice.

El Clon de Dios / Casi Dios

[Este texto es falso]

Revisaba el periódico del atentado: 1961, en Vitry Le Francoise. Y la réplica: 1962, en Vitry Le Francoise.

Aquel primer tren tuvo gritos y sangre. Y el segundo tuvo un héroe.

Se preguntaba por el hombre que fue, el que se sacrificó. No tenía sus recuerdos, pero sí su rostro.

Los ojos profundos frente al espejo. Las cejas pobladas que dejaban algunos pelos hacerse individuos. Los tocaba con los dedos, acomodándolos. Era belfo, de labios gruesos. Era de piel morena, tosca, escamosa. Y, en la foto, usaba bigote. El de la foto tenía 55 y una cara ya algo deformada e hinchada por la edad. Tenía una expresión de loco, de asesino, de ladrón. No de héroe.

Él, alguna vez 57, tenía ahora 21. Era 1985. Él era la réplica de aquel héroe, del llamado “hombre perfecto”.

Mañana sería presentado, como los otros 3, para liderar misiones enfocadas en sus países. Él era la versión francesa. Su misión: resaltar su historia y su lengua. Dejar en claro su superioridad cultural. La versión militar (soviética) era científico. Dos años mayor. Se lo consideraba el primer clon perfecto. Si, lo de “dos años mayor” era propaganda. La versión de los americanos salió rebelde. Un teólogo que se supone que

esparciría la palabra del dios cristiano. Se hizo científico como Máximus, el soviético. La versión italiana, la más incomprensible, tenía la misión de resguardar la receta original de la pizza italiana.

El día de la presentación un periodista llevó un cuestionario preparado por el gobierno. Las respuestas fueron respondidas. Tal como en el ensayo.

Dejó París y llegó a Lyon 2 días después, donde se había reservado todas las mesas de un restaurante. Las ventanas eran inmensas. Los guardias se sentaron lejos de él. Y esperó que ella saliera a saludarlo.

Antes de dejarlo solo, le dijeron que Luigi (su “hermano”) quería reunirse con él en París. Y que mañana tocaba ir a un colegio y que pasado mañana a un museo.

Ella apareció. Le dio un abrazo efusivo cuando él apenas se estaba parando. Luego dejó de apretar. Era cómo verlo de nuevo. Pero más joven. Era el rostro de su papá.

Se sentaron uno al frente del otro, luego de que ella insistió en sentarse al lado.

[Hallado y traducido]

-He leído sobre usted, señora.

-Tienes sus ojos. Perdona que te abrace así. Disculpa, ¿ya?

-Trate de no hacerlo.

-No me trates de señora. Te llevo solo 12 años.

Él la conocía solo de los periódicos. Ella era una pastelera famosa que trabajaba con su esposo en su restaurante familiar. También ella era la hija de aquel hombre, a quien perdió a los 12 años.

-Tu hermana no vino. Ese hombre tenía dos hijas.

-Ella dice que tú no eres nuestro padre.

-Y tiene razón.

-Tienes... su carita.

-Tu amor hacia él es lo que lo define. Yo solo soy una versión de él, una ucronía.

Él la miró. Le llamó la atención los ojos de la mujer. Tan perfectos. Y vio que ella era realmente befla, sus labios también mostraban una actitud infantil. Sus gestos eran de niña. Y su mirada.

[Completado]

-Lamento lo de su esposa.

-Sí... Gracias.

La mujer intentó cambiar el tema, o profundizar en él. Otras preguntas se anticiparon en su boca.

-¿Sueñas?

La tomó desprevenida.

-¿Usted sueña?

-No me trates de usted. Dime Regine.

-Regine, yo sueño. Tengo conciencia.

-¿Cómo? ¿Cómo puedes soñar? Si no tienes alma.

-No creo en el alma.

En ese momento, Regine miró los ojos de su joven “papá”, buscando esa chispa que ella creía ver en las personas. Él la tenía.

-No crea en Dios. Creer en Dios es lo que evita que cierre la herida.

-Papito tampoco creía en Dios.

-Hacía bien.

-¿Entonces sueñas como los demás?

-Seño... Regine, sí, no se aferre. Debe enfrentar la verdad: sus padres ya no están. Y no hay nada de malo con eso.

-¿No?

Regine contiene las lágrimas y hace el gesto con la boca que hacía de niña. Hay silencio. Y anuncian que traerán los postres.

-Ellos fueron felices a tu lado.

-Sí.

-Es natural despedirse de los padres.

-Es que me gustaría decirles tantas cosas.

-¿No se las dijo?

-No. A mamá. Solo a mamá. A papá no.

Él meditó sobre la reunión. Miró el cabello oscuro de Regine, su complexión robusta, pero infantil.

-¿Me las quieres decir?

-Sí, por favor. Déjame decírtelas. Te... Él se perdió muchas cosas. Solo quiero decírtelas.

Entonces la conversación se pierde entre dulce brisa, entre postres, entre la Flor de Jamaica y la menta. Entre los primeros años de Regine. Entre una madre ausente que aprendió a dejarse abrazar, entre una hermana que creció en amargura. Entre un

esposo que la maltrataba hasta que ella devolvió el golpe, entre un hombre que creció y evolucionó a su lado, entre las hijas que poco supieron del abuelo.

-Solo tuviste 12 años para enseñarme todo. Me enseñaste poco, papá. Pero fuiste un buen padre. Estuviste en todas mis decisiones. Hoy, como dice tu alma, te dejo ir.

Él se conmovió y a la vez sintió que era imposible que aquel hombre haya sacrificado su vida. Era imposible cambiar la vida con sus hijas por unos extraños. Regine estaba más calmada cuando pronunció estas palabras:

-Sé por qué diste tu vida. Nos inculcaste que debíamos hacer algo por nuestros hermanos. Que llegaría el momento. Por eso eras tan dulce.

Él quiso hablarle de una realidad más feliz. Quiso contarle sus sueños. Ella estaba lista para irse.

-Regine, ¿y si te dijera que hay un mundo en el que te acompañó hasta el final?

-No cambiaría nada. No soy esa Regine. Sé que volveré a verlo. Y si no, está bien.

-

-Dices bien. Ya les dije todo lo que tenía que decirles.

-Sí...

-¿Te gustó? La menta.

-A él también, ¿no?

-Sí. Él nos contaba historias...

-

-Puedes contarme tu sueñito. Pero sé breve.

-Así será.

Las recetas de Regine

Capítulo 10: Cumpleaños de papá (1969)

“En la mesa dulce réplicas de su amor. Un río de azúcar. Y briznas, rayaduras y astucia. Hay.

Es el chocolate, medero y prusto”

Escribe papá.

Sobre ese día, ese cumpleaños en el que sus dos hijas ya eran madres, hizo silencio.

Yo escribí sobre mamita. Con ayuda de Almita. Mi sobrina. La más chica de todas.

“Es un néctar. Saciante. La luz lo explora pidiendo permiso.

Es el amor de mamá y hoy sabe a chocolate”.

Y preparé ese postre con mamá. Horas antes de la fiesta. La abracé y ya no preguntaba la razón. Como cuando era más pequeña y ella era más fría. La sueño siempre a esa edad. 51.

Antes de la enfermedad.

Ahora soy mayor que ella. Ella jamás tuvo mi edad.

En mi sueño siempre hacemos postres distintos y están mis dos hijas. Algo imposible, porque una recién ha nacido. Y la otra está en insumos. No está ni en el horno. Ay, mamá. Qué bellos ojos me heredaste. Soy tu clon. No hay duda. Solo eres más delgada.

A papá lo sueño de viejito, cuando ya no era tan serio. Y a mi hermana la sueño justo en estos días, cuando empezamos a ser madres. Cuando teníamos más en común. Solo yo vivo. De los 4 solo quedo yo para recordarlos.

Horas antes de hacer los postres vi a mi hermana Constanza. Radiante como siempre. Papá decía que ambas éramos igual de bellas. Nunca dijo que Constanza era la más guapa y elegante. Ni que yo era la más linda y graciosa.

La luz naranja borraba su rostro. Solo se veía su saludo. Mi hermana mayor siempre tuvo ese brillo distante, parecido a mi madre de joven. Un brillo frío, pero imponente. Hoy era un día soleado, hijo de noviembre.

Papito cumple 65 años y nos mira preparar los postres. Algo cuchichean los esposos. En idioma ajeno. Inventado. Papito y mamita siempre me dieron paz.

-Barzi, barzi, Nasar.

-Andelum, mon xil

Mamá aprendió el idioma de papá. Lo hizo por amor. Por diversión. Por aventura.

Y papá aprendió a abrazarla, con la intensidad exacta. Aprendió a admirar sus ojos y su figura.

Esa mañana mamá preguntó por el peso de nuestras hijas, nuevecitas, por nuestros esposos. Por nuestras vidas en esos otros países. Papá solo quiso saber si esos hombres sabían callar y pedir disculpas.

La fiesta empezó en la tarde para evitar conflictos con el presidente. Los limeñitos debíamos estar en casa temprano. Cada uno en la suya. O el militar se ponía molesto y mandaba a sus secuaces. Sujetos que podían ser muy sumisos y no mirar a papá, o los que parecían enfrentar a algo que no era humano. Hubo rumores de que papá podía volar, estar en muchas partes a la vez, torcer las voluntades y cambiar los pensamientos. Rumores ensanchados por su mejor amigo, el escritor y periodista Elías Monterroso.

Rumores que no dejaban tranquila a Constanza, cuyo miedo se vería justificado años después cuando personas extrañas pasaban muy cerca de la casa. A mirar. A mirar mucho.

A mirar el pasto y especialmente los lagos. Decía el rumor que esos dos lagos eran sus ojos.

Mamá vestía recatada, igual que su clon, la hermana mayor. Yo iba con mi atuendo de chef. El más lindo y limpio de todos. Así di la mano de algunos invitados. Los poetas apristas amigos de mamá... y los otros. Uno de ellos: José María Arguedas.

Le pedí su autógrafo. Sabía la noticia. Sufría mucho y ya lo había intentado una vez.

Habló con Constanza y papá. Quería saber si el suicidio podía esperar.

La Constanza, doctorita y muy capaz. Sanadora, presumida y siempre bien vestida.

---Regine camina explorando con la mirada, parpadeando, como tomando instantáneas. Ve a Arguedas bajar la mirada, derrotado, y despedirse de Nasar. Ve a su madre. La ve con hombres con surcos en el rostro que no ve en su esposo francés. Hombres con vivencias más duras, más frías, más de la sierra. Y otros sobrevivientes de años de explotación (o herederos de ella). Así escucha a los poetas apristas, entre ellos Manuel Escorza. Y sus discursos para el pueblo. Y ve a papá conversar con un señor de lentes gruesos [Enrique Congrains]. Hablan de un futuro distante. ¡1000 palabras para el planeta Tierra! Apocalipsis.

Las paredes eran amarillas. Algunos decían que marrón claro. Eran amarillas, más vivaces que luego. Y ahí se paró Regine. Y tantos otros. Llegaba Chabuca Granda. Y papá se sentía honrado, pero amenazado. Ya no era protagonista.

No llegó sola. Los músicos bajaron los instrumentos y cercaron a la estrella. Uno muy joven traía la guitarra [Lucho González]. Nasar se acercó. Y movieron los labios. Hubo sonrisas. Una de ellas frustrada. Otra comprensiva. Habría un espacio digno para los fumadores. Uno alejado. Algunos gestos con los ojos hacían ver que Chabuca no lo aceptaba del todo. Nasar le respondió que los hombres también irían ahí.

-Mi hija, la chef repostera.

-Usted es la de.. la limeña.

-No, yo nací en los andes. En puna brava.

-Perdón. Sus canciones. Me gustan.

-Hoy vengo hablar de un amigo, con el permiso de otro.

-No, por supuesto.

-Quien merece varallo, quien tenía de fusil una rosa.

-El bastón de mando

-¡Monterroso! Me escribes una buena crítica

-Buenas tardes a todos. Buen postre, buena música, regular novela.

-Buenas tardes, señor. ¿De qué escritor hablan?

-Las generaciones de ahora...

-Ella solo preguntó, don Elías. ¿Dónde queda la cordialidad?

-Niña, de Javier Heraud.

-Mi hija se llama Regine, Elías.

-Regine, Javier fue un amigo. Se fue joven. Murió joven.

-Y por eso es mejor escritor que tu padre.

-¿Morir joven te hace buen escritor?

-¡No lo digas así, hija!

-Sí, niña. Mira a tu padre. Hoy cumple 65.

[Lo demás es nebuloso en la mente anciana de Regine. Recuerda hablar con Arguedas y escuchar el recital de Chabuca, pero no lo anterior. Para eso tenemos la columna espuria -sin permiso- que sacó Monterroso un día después y sus declaraciones a lo largo de su vida].

Se dijo que fue una reunión santa. Yo estuve ahí. No me lo contaron. Todos dejaron los disfraces, sus pieles humanas.

Todo era amarillo y lo que nunca lo fue ese día lo era. Algunos sacos, incluso las partes de metal de los lapiceros. Las líneas de los platos en los que pusieron los postres. Eran de sangre, pero por la luz parecían naranja. Amarillo. Sangre amarilla. Sangre naranja.

El rostro falso y humano de todos era amarillo. Y así se mostraron. Y luego se vio la carne viva, el color verdadero. Con carne azul, Nasar hace 10 años me mostró su rostro y confirmó mis sospechas.

Era un marisco, un cangrejo de ojos profundos y hundidos, y de seis tentáculos que casi eran brazos. Los demás brillaban y no tenían rostro. Cuando empezó el recital, gritaron en nombre de uno de ellos, quien se decía tenía el cuerpo menos intenso de todos. Su luz era tenue. Resignados, lo sentaron para escuchar el recital. Todos cerraron los ojos. Para sentir con el cuerpo.

[Bueno, ahora, volvamos a Regine y el momento del recital]

---Regine buscó un lugar para ella. Ya anochecía. La luz se hacía más amarilla. La apagaron. Un brillo blanco enmarcó a Chabuca. Y a sus músicos negros. Buscó un lugar con su hermana, pero no pudo. Buscó un lugar con su padre y su madre, y no pudo. Solo encontró una silla, en una mesa donde un postre seguía intacto. El escritor marchito, el gran Arguedas, fue su compañero. Ella volteó la silla, Arguedas solo quedó de lado. Mirando a la izquierda con ese rostro rendido y triunfante.

-¿Y usted escribe?

-No, la Constanza... Mi hermana escribe.

-¿Y escribe como tu padre?

-Ya no mucho. Ya es doctora.

-¿Y por qué eso es impedimento?

-¡No sé! Pero escribía de niña. Con papá.

-¿Y tú no?

-Yo leía

-Algo que tu padre no hace... según varias entrevistas

-Lee a medias

-Sí, y hace diálogos eternos... por lo largos...

-¿Y eso está mal?

-No... solo es diferente. La fantasía es lo suyo.

-La ciencia ficción

-La fantasía que juega ser ciencia

-¿Y qué leyó sobre mí?

-Pongoq mosqo...

-“El sueño del pongo”

-Sí, ese. Es muy divertido. Está bueno.

-¿Solo ese?

-Déjeme pensar. ¿No comerá mi postre?

-“El sueño del pongo” es muy crudo.

-Sí, habla del maltrato. Pero el final está gracioso.

-Sé que no está bien. ¿Hoy se siente bien?

-Ya va a cantar. Sí.

-Se están alistando. Señor, también leí “La agonía de Rasu Ñiti”

-¿Y también te pareció gracioso?

-No. Me pareció emotivo. Aunque sí lo sentí como algo mágico.

-El corazón está listo. El mundo avisa. Wamani está hablando. Tú no puedes oír.

-Sí puedo, señor. O quiero poder.

Regine mueve la silla. Ya no está mirando a Chabuca alistar sus palabras. Ahora está más alineada con el escritor mestizo.

-Dejé el postre para ver a la chirinka posarse. Ella es la confirmación de mi muerte.

-¿Le da miedo?

-No, porque cuando llegue el momento, escucharé todo. Acá en este mundo caminé a tientas. Allá está la luz y la paz.

Chabuca Granda:

(Habla mirando al cielo, al lado derecho, como recordando) me preguntó tu hija si soy limeña. Y no lo soy. Y supe que no lo era a los 11 años. Cuando visité Lima y descubrí que los niños éramos de colores. Yo nací en los andes, a cuatro mil ochocientos metros de altura. Y a mí siempre me vistieron como a una niña serrana. Quizás a mi hermano mayor lo vestían de niño europeo y por eso... le dio frío.

Yo cabalgué los cerros de la quebrada, al lomo de la escoba. Nadie me pudo deformar.

Yo... ¿cómo será la palabra? Pude... mantener mi mirada campesina.

El único gran dolor de mi vida es la muerte de mi padre. Y hoy ustedes dos. ¿Dónde está la otra? Ahí. Hoy lo tienen vivo. Abrácenlo. Siempre. Sin motivo alguno, porque esos abrazos vuelven, en las horas más tristes.

Y también perdí amigos. Y hoy, con permiso de otro, quiero honrar a nuestro poeta. A nuestro Javier Heraud...

Mientras jugó

la guerra

de los niños

Con un

fusil

hecho de

Cualquier cosa

Quizás de arroz

Quién sabe de

una rosa

¡Inmolada paloma!

Solitaria

Deja mirar

tu río

Cuando vuelve

Aquel que

me promete

Tus flores

de

poeta

Las sombras

Los silencios

Los dolores

¡Lloran!

aún más hondo

Al

Recordarte

haciendo guerra

Con

tus flores

buenas

-Y el ritmo se hace lento y grito-.

Ese día el fusil

Era una rosa

Rastrillada

En el aire

¡Peligrosa!

¡¡Ese día era el sol!!

Más sol al río

Más río el río

Y más

La guerra era...

Y más

La muerte

Desde la ribera

¡Y una granada!

El verso

Detonada

Javierta está

-Y sigue la voz, cigarrosa, y la música. Siguen las vocales, ahora más roncas y amargas, de victoria-.

-Regine mira a Chabuca y luego a Arguedas-

Quedó al rocío ¡qué!

Llovió de un río aquel

Hundido río

¡En su vena rota!

Javierta está

Alerta como entonces

Al hombro

Del ¡poeta!

¡Va ganando

La guerra!

¡¡Con su rosa!!

Las recetas de Regine

Capítulo 12: desayuno de menta (1969)

Papito dormía. No en su cama. Sobre su escritorio en el centro de la biblioteca. Ahí guardaba sus tesoros. Ese día empezó. Vi el piso empapado, como si él hubiera salido del mar.

En mi sueño, él dormía. Le grité. Le grité más fuerte. Hasta que le pegué en la cabeza y se tuvo que voltear. Me abrazó. Lo vi joven. Cachorrito. Bueno, como de 30. Se paró y no me dijo nada. Dejó 3 textos a medio escribir. Uno de ellos hablaba de Constanza, de Dante y de ese otro mundo, el que creó hace unos años para “Tungsteno”.

Yo me soñé en él. Me vi como la hermana mayor, en una nave. Era poderosa, pero me sentía sola. Mi nombre era Agatha.

En la novelita, Constanza nunca conocía el amor. Y muere en una guerra. Pero lo más bonito es su entrenamiento con los extraterrestros. Le enseñan a curar. La enseñan sobre su mundo, sobre su música. Y ella se despide de ellos.

Miré los apuntes de papá en la realidad. Con esa letra fea que tiene. Ahí decía que Constanza conoció el amor. Un soldado y tenía el nombre de su esposo: Dante.

Papá dormía.

Lo vi en su camita y decidí bajarlo para que tome desayuno. Lo puse sobre mi hombro derecho y sentí que se me abría el vientre. Pero seguí, con cuidado y con papito. Ay, pudo ser tragedia. Soy loquita. Loquita y viejita.

Lo senté en una de las 3 mesas. Constanza me miró fijamente y no dijo nada. Papito seguía con sueño. Revisé los platos que quedaban (los estaba lavando, pero me aburrí -por eso subí para ver a papito-).

En la mesa vi el pastel a medio comer. Y una mosca cerca. La chiririnka.

Mamá no me deja ayudarle con el desayuno. Es su cocina. También se molesta cuando me quedo pensativa y miro su comida. O cuando le hago comentarios. Por eso el desayuno siempre es suyo. Los huevos sancochados, la fruta picada y hoy puré con milanesa. A papá le encanta el puré. La textura no es perfecta. No se lo digo. No está vez. Otras veces se lo comentaba. Ella me preguntaba emocionada por su comida y yo siempre era sincera. Hoy me hubiera gustado decirle que era perfecta. Porque lo era. Ay, mamá, tu comida es recuerdo.

Lavé los utensilios, mientras Constanza barría y acomodaba a papito en la silla. No lo puse sobre la mesa. No me tomen de loca.

Le preguntaba a Constanza por mis postres y por los que hice con mamá. Me decía que los míos eran feos y que los de mamá eran mejor. Mamá se ponía seria y ya la Constanza no comentaba nada.

Benji mordía a papá. Era bebito. Constanza lo abrazaba, todo para no seguir barriendo. Yo la miré molesta.

Papito despertó y seguía con los ojos entreabiertos. Le dije que el desayuno ya casi estaba. No recordaba haber dormido en la sala.

Nunca supe los nombres de los escritores. Solo el del señor Arguedas y el colombiano. Constanza había pedido autógrafos para llevárselos a su esposo.

-Gracias, esposa. Nunca está de más un buen puré de espinacas.

-Tú y tu puré, papito -le dije recordando que soñé que le di un coscorrón-

-No me tutee, señorita, hijita.

-Está bien, papito. Lo soñé hoy.

-Quedó postre, Nasar. Ahora lo traigo.

-Mamá, extrañaba tanto este mango. No sabe igual que allá.

-No te escuchó.

-Calla, gordita.

-¡Mamá!

-¡Ya voy, hija! ¡¿Te pegó?! -grita mamá siempre que va a la sala por la otra refrigeradora-.

-¿Cómo fue tu sueño? -dice papá luego de masticar el último pedazo de milanesa-.

-Adivina.

-Adivine.

-Adivine

-Papá no quiere adivinar. Dile.

-No, adivine.

-A papá no le gustan los juegos.

-Papá es el rey de las cartas, ¿no? El jueguito.

-Bueno, sí... Papá, adivine. Hágale caso a esta loca.

-Acá está la torta. Miren, niñas. De menta.

-Por papá...

-No pongas esa cara -la imito-. Es su favorita.

-Soñaste...

-¿Qué? ¿Quién? ¿Cuál de mis hijitas?

-Yo

-Soñaste que yo era un extraterrestre.

-Sí, ¿cómo sabes? Sabe. ¿Cómo sabe? ¿Quién le chismeó? ¿La Constanza?

-¿Cómo puedo saber tu sueño?, loca.

-Leíste mis notas, hijita. ¿no?

-Sí, papito.

-Hija, ¿y papá era bajito y gris?

-Solo le falta ser gris.

-No se pasen. Mamá, tú... no te rías -se ríe la niña seria también-.

-Amor, voy a reescribir la historia de Constanza. El personaje.

-Sí, mejor. Ya me hiciste caso. Ese final todo feo. Ese finalito nunca me gustó.

-Mamá, es solo ficción. Yo soy la de verdad.

-La de la ficción es mejor. Esa Constanza tiene sus amigos extraterrestros y hacen música. Y curan. Y todo.

-Yo también curo. De hecho, yo curo enfermedades reales, a persona reales.

-Al señor Arguedas le gustó "Tungsteno". Dice que era el menos malo. Eso dijo. O sea, el mejor texto.

-Qué lástima lo del señor.

-Sí, mamá. Solo hay tratamientos experimentales. No le pude asegurar nada.

-La otra Constanza lo hubiera curado.

-Ya, niña.

-Hija, eso es injusto.

-Ya, mamá.

-La realidad es dura, hermana. A veces hay que aceptar que nada se puede hacer. No dejo que eso me consuma.

-Sí, Regine. Tu hermana y yo siempre sabemos de pacientes graves. A veces es mejor irse. El cuerpo sufre.

-No, mamita. Usted y papá van a vivir 50 años más.

-¿Más de 100 va a vivir tu papito?

-200. Igual tú, mamá. Vas a ver a tus nietas casarse. Les debes dar consejos cuando ya sean mayorcitas.

-Qué flojera vivir tanto, hijita. ¿Para qué?

-Para comer. La vida está hecha para comer.

-Solo en comer piensa la gordita.

-¡No me digas así!

-Niñas, lo importante es que hoy estamos juntos. Y les agradezco por venir. Su mamá y yo nos emocionamos al verlas. Nos llena de orgullo verlas madres.

-Sí, y son mejores madres que yo...

-No llores, mamá.

-No llores, mamita. Estás con nosotros.

-Gracias, hijas -Me acerco a abrazar a mamá y mi hermana hace lo mismo-.

Las recetas de Regine

Capítulo 16: Elías Monterroso

Era gracioso. Recuerdo cómo se llevaban con la Constanza. Mal se llevaban. Hasta que vino la entrevista y los insultos en el velorio de mamá. ¿Quién busca enemigos en un velorio? El viejito Monterroso.

Cuando tuvo la entrevista, el viejito ya sabía que mamá empezaba a dormir. Eso lo afectó. Dijo cosas muy absurdas. Y otras con bastante sentido. Dijo por ejemplo que las mujeres no deberíamos pagar impuestos y tampoco votar. Eso me gustó. Eso me pareció bueno.

Luego hizo chistes sobre el político del bigote. No reproduzco esas palabras, porque acá en Francia es un tema sensible. Luego se metió con los apristas. Dijo cosas muy duras. Pero siempre destacó que mamá era diferente, que él la respetaba mucho.

Luego de esa entrevista, le dijeron que lo mejor sería que se aleje un tiempo del periódico. Elías lo tomó mal. Le dijeron que se tome 1 semana. Por la entrevista y por mamá. Él renunció, se jubiló. Al día siguiente, mamá murió en la tarde. Y un día después se hizo el velatorio, en privado. Pese a la insistencia de algunas personas. Sin medios, sin cámaras, solo amigos y familia. Ahí Monterroso tomó la palabra y dijo cosas feas. Creo que dijo que el aprismo había matado a mamá.

Creo que fue la única vez que no me reí. Constanza estaba roja de la cólera. Los apristas amigos de mamá se acercaron y uno lo golpeó. Uno grande. Le decían búfalo. Elías no se dejó, pero poco pudo hacer. El viejito ya era decrepito, pero había decisión en su mirada. Los separaron y Constanza les ordenó que se fueran. No le hicieron caso, pero ya no hubo otro incidente.

Constanza le pidió al viejito que se sentara con nosotras. Para vigilarlo. Ahí estuvo calmado. Lloraba. Se quebró. No quedaba nada del hombre fuerte que podía decir siempre lo que quisiera. Ya no tenía fuerza ni columna ni voz. Ahora estaba solo. Porque su esposa y su hijo lo invitaron al extranjero a vivir con ellos, pero él les dijo que prefería morir en Perú. Luchando.

Recuerdo que habló mucho con Constanza esa tarde. Algunos apristas esperaban que estuviera solo para desaparecerlo. Yo me di cuenta. Ellos no me aguantaron la mirada. Quizás yo también tenía la mirada de loco de papá.

Papito apenas dio un discurso y se la pasó explicando cómo había muerto exactamente mamá. Como al final la habíamos llevado a un sueño placentero para que su cuerpecito no sufra. Ni papá ni Constanza lloraron ese día. Lo hicieron el día después. Y tuvimos que calmarlos. A papá lo dejamos sentadito frente a los lagos varias horas. Y a Constanza le tuvimos que dar sedantes.

Mucho era el dolor. Yo aún pienso en mamá, en volverla a ver. Pero también en sus abrazos.

El viejito Monterroso visitó a Constanza días después. Y así fue como pactaron que el próximo año empezarían a escribir. “Si sigo con vida. Bueno, si tú sigues con vida, muchacha”. “No me diga muchacha”.

El viejito siguió con sus columnas. En periódicos cada vez más pequeños. Luego decidió que lo mejor era escribir sobre mamá. Era otra lucha. Una contra el tiempo.

El libro secreto de los peluqueros

A Laura, mi esposa, quien luchó contra la pobreza, sin armas y sin chaleco antibalas.

La pradera negra cubre un suelo graso y herido. El planeta ruge. "Me cortaste, maricón". El peluquero calma sus manos. El político lo mira a través del espejo, con el desprecio contenido con el que mira al Pueblo. El peluquero sonríe brevemente. Ataca el ojo con la navaja, pero falla. Ataca sin ver. El político, con cortes en la cara, logra pararse, pero olvida las tijeras. Un maricón lo ha matado.

Antónidas reconstruye la escena en su cabeza. Las uñas descuidadas, de ambos. Las canas en las uñas del maricón. El asiento de plástico hinchado igual que las caderas homosexuales. Rojo, como el labial del ultimador. Y un corte temeroso, descuidado. Un intento por desmentir sus 10 años de experiencia. Un asesino improvisado, nervioso, chantajeado. Charly, su joven aprendiz, volverá a la escena del crimen. Disfrazado de una colegiala de cabello largo.

Capítulo 1: cómplice

Lily acarició la cara de Charly, donde los pelos empiezan a insinuar una barba. Las patillas eran largas, pero no se juntaban aún. El joven travesti temblaba. Lo hacían sus dos piernas y su mano izquierda, tímida debajo de una capa negra. Su mirada contaba los pelos dejados por Lily. Y su mano derecha acariciaba su calzón. Y luego los pelos que caían cerca de su pecho. "¿Y desde cuándo te vistes así?, corazón". "Desde hace muy poco". "Ya desde chiquito eres maricón. Está bien. A mí me costó. Allá en mi pueblo me costó mucho. Acá en Lima me insultan, me meten la mano esos cholos. Ay, hijo, cuesta mucho ser maricón. A veces quisiera ser macho. Pero no puedo. Tienes

bonito cabello. ¿O no prefieres que te rape? Así te queda mejor la peluca. Corazón, te espera un camino muy doloroso. Pero a veces el dolor se siente rico. ¿Ya has tenido novio? ¿Cuántos años tienes? ¿16? Te ves de 16. ¿O 15? Agacha un poco más la cabeza. ¿Ya has tenido novio?”. “No”. “Ya llegará. Te va a gustar. O quizás prefieres que yo te inicie en el amor. Soy muy delicada, corazón. Trato bien a mis hombres”. “¿En esta silla murió, no?”. “Ay, no pienses en eso. La limpié con agua bendita. Ese político se quiso propasar con la Marilyn. Es que la Marilyn era puta. Y a ese viejo le gustan las mujeres, pero también las pichulas. Ay, corazón. Yo no estoy de acuerdo con eso. Dios nos dio nuestros cuerpos. Son un templo”.

Charly se dio cuenta de que era inútil sacar información directamente. Se pudo mirar al espejo. Su rostro reflejaba incomodidad. “Dios nos ama”. “Sí, corazón, Dios nos ama. La gente dice que no, pero él nos ama. Yo le rezo todos los días”. “¿Ya? ¿Va a demolar mucho?”, interrumpió un chino algo harto. “Dios los odia. Dios odia a todos los malicones”. “Vulgar, vete, qué asco ese chino. ¿Viste? No, no llores, corazón. No llores. Esta sociedad nos odia”. “Nos odia”. “Pero eso puede cambiar, debe cambiar, va a cambiar, corazón”. “Nunca va a cambiar”. “Cambiará corazón, va a cambiar pronto”.

-¿Alguna novedad?, Charly.

-Tío, lo siento. No mucho. Pero en algún momento ese peluquero de mierda dijo algo sobre que la sociedad va a cambiar. Y enfatizó: pronto va a cambiar.

-Bien, está bajo vigilancia. Sus amigas putas me dieron más información. Ya puedes irte.

-Está bien. Antes me voy a cambiar.

-Sobrino, ¿eran necesarias la falda y la peluca?

-Sí, es parte del personaje.

-¿No se veía nervioso?

-Espere. ¿Dijo algo sobre putas? ¿Y la tía?

-Charly, no hay infidelidad. No es una mujer, es una puta.

-Tío, ¿cómo sabes que el peluquero fue chantajeado?

-Los maricones no tienen ni la fuerza ni la voluntad. Alguien lo chantajeó.

-Tiene sentido.

-Sí, cachorro.

Capítulo 2: el Francés

Nudos en la cabeza, entrelazados. Oro cenizo, gris. Cejas más oscuras, todavía rubias. Ojos mediterráneos, españoles. Nariz recta, inquisidora. Y acento en el paladar. Al frente un súbdito, un maricón, perdido en su mirada.

Y un beso, un beso francés. Para acceder a su mente y doblegar su espíritu.

Aquel hombre no se deja domar. Lucha con su lengua, con sus dientes corroídos. Con sus ojos delirantes. Se apoya de los muslos del francés con cada vez más fuerza. El rubio se defiende hundiendo sus manos en los hombros del maricón. Hunde los pulgares en las clavículas. El europeo gime y penetra con las manos. Hasta que se sujetan del cuello y sus mentes se conectan.

Shadows and Brights. Sky guardians. And lots of sand. That is the image than recurrently appears in my dream, in this other reality. I am the girl. Threats rub my skin. I fight. Always fight. With my thin hands, with my tiny strength.

'Humberto', says the girl. 'Humberto', sobs the girl.

2015

'I can rape men', a friendly voice emerged.

In that moment, I saw the faces of all my comrades. One by one. De derecha a izquierda. [Yes, look at them]. But first their crotch, the innuendoes of everybody force. [What?!]. Aracno clearly was the strongest. But there was another man. When He talked, everybody listened. I can't remember his words but his orders, his sounds. [The French man?] I followed the ass of the mysterious man. [Yes, now his mind].

El maricón es el primero en disparar. Lo hace 3 veces, con furia. Siente la sangre en sus labios. Las heridas frescas palpitan. El sabor a dientes extraños no lo perturban. Tampoco la saliva. Debe huir, pero ya ha ganado. No sabe cómo, pero resolvió el único caso que le quedaba. Mató a quien pudo derrotarlo.

43 años tuvo que regresar en el tiempo nuestro detective ilustre: Charly. Su mundo ya no existe, este ahora es su mundo. El demonio tiene distintos cuerpos y debe matarlos a todos.

Capítulo 3: La Catedral

Las puertas son altas, imponentes. Como la mezcla del ruido. De los vendedores ambulantes, de los orates, de niños allá y bebedores acá. Borrachos sin redención que conversan y ríen a destiempo. La bebida es Dios.

Un cholo atiende las mesas, de un lado a otro. Limpia las mesas de madera oscura, como su piel. Se deja mandonear y tocar los hombros, la espalda. Su camisa abierta muestra bordes de sudor. La radio se apaga, pero nadie protesta. Nadie lo nota. Solo Charly.

“Recuerdo esa canción”

“Te convertiste en todo un hombre, cachorro”

“Sí”

“Pensé que serías maricón”

“No”

“¿Por qué tuviste que besar al terrorista antes de matarlo?”

“Quería besarlo”

“No me jodas”

“Es broma, maldita sea”

“¿Pero entonces?”

“Quería que leyera mi mente”

“¿No vas a tomar lo que ordenaste?”

“Todo es para ti, tío. Me enseñaste todo”

“Gracias. El futuro debe tener de todo. ¿Mujeres robot? ¿Mujeres que duran 10 horas?”

“En el futuro me dura dura por 10 horas”

“Carajo. Vaya futuro”

“Por tu culpa me volví adicto a las prostitutas. Fue a los 16 años que conseguí a la primera”

“De nada, cachorro”

“No te estoy dando las gracias, viejo de mierda”

“¿Qué pasa?, sobrino”

“Desapareciste. Nunca capturamos al terrorista. A ninguno”

“Ya lo mataste. Ya está. A celebrar”

“Tarde mucho, pero lo comprendí. Tú estuviste con ellos. Tú les soplabas todo. Incluso la pichula”

“No seas sonso, chibolo hijo de puta”

“Soy un señor. Tardé, pero ahora te tengo. Mira debajo de la mesa”

“Te equivocas, sobrino. Pero mátame, no me importa esta vida de mierda”

“¿Palabras finales?”

“Eres un maricón de mierda, igual que tu padre”

Capítulo 4:

1982

Este mundo no es real. Hay lugares imposibles de visitar y otros donde los verdaderos recuerdos predominan. La respuesta es obvia: este es un sueño compartido.

Probablemente morir aquí me libere. Pero no es un riesgo que quiero tomar. Antes voy a probar unas putas de los 80's. O buscaré a alguien muy joven sentada en la Plaza de Armas. La miraré a los ojos y le haré saber su verdadera vocación: diosa. Las de 18 son las que más dura me la ponen.

Mi instinto me hizo pensar en mis padres. Ellos podrían darme dinero. Deserté.

Recordé que mi padre era un abusivo insoportable y mi madre alguien que nos daba almuerzo según cómo se alineaban los astros. Ya estaba loca en 1986. Además, verme en el pasado le daría la razón. Y no estaba dispuesto a eso. Así que me metí a casa cuando ninguno de los dos estuviera y les robé todos sus ahorros.

Luego me paré en un parque a esperar a las “rufianas”, muchas de ellas gordas y muy mal vestidas. Muy andinas algunas, muy viejas otras. Hacía calor, pero mi pene parecía un témpano de hielo.

Por eso ahora estoy buscando a una mujer joven, una que parezca oficinista, que complazca bien a su jefe. Una que se vea feliz pese a su trabajo de mierda. Esas son obviamente mujeres muy activas. O quizás una estudiante temerosa que no sabe si está estudiando lo que le conviene. Hoy sabrá que no.

Elijo a una, que sé que es puta. Sé quién lo es y quien no con una sola mirada. Pero un hombre viejo se me adelanta. Voltea a verme. Qué año es. Me pregunta. Viejo de mierda. Es puta, pero no loca. No es 1986, Charly. ¿Cómo sabe mi nombre este viejo? Despierta. Despierta, Charly. ¿Despertar? Viejo de mierda. Alguien ha creado este mundo, Charly. Lo sé, porque yo ya viví este viaje tuyo. Pero fallaste, por 4 años. Has llegado 4 años antes, Charly. Le compré este libro a la señorita. No es puta. A veces fallas. A veces fallamos. Mira la portada. No se lo compraste. Te lo tiró en la cara. La quisiste besar, viejo de mierda. Viejo loco. Siempre se debe pagar. Mira la portada, maldito estúpido. “Trilce”. De César Vallejo. ¿Qué tiene? Mira bien. Mira bien. No dice César Vallejo. ¿Nasar? ¿Quién es Nasar?

Tungsteno (2066)

(Versión de 1985)

Mafesti hacia pueblo esclavo. En vigilia dendera. Zabazuta el sonido algrir, de somis liberato.

Me susurro. ¿Me susurran?

Yo soy el que murió ahogado y también quien habla y escucha. Soy el que sueña y el soñado. Pero también alguien mira mis pasos.

Los sarlos son pueblo esclavo. Ellos son como concierto de luces, vibran en distintas intensidades señalando una sinfonía. Lo hacen guiados por el sol. Su música es plegaria. Hay algo en ella que los conecta.

Y puedo verlos cuando el sol se esconde. Cuando la música enmudece. Con claridad.

Camino al pueblo, alumbrado por sus casas altas, sus puertas altas. Ventanales. Mi contacto es uno de los grandes músicos. Él habla interpreta a la tierra. Sus cabellos son de luz. Sus dedos son delgados y largos.

Me recibe. Ya no toco suelo rocoso pulcro, sino azulejos. La gran entrada se esconde a los lados. Y se cierra con violencia. Me extiende la mano el anfitrión. Yo la alejo y le pido perdón. Intentamos hablar en crotol hasta que desistimos. Arbas es su nombre. Su piel refleja las luces del cuarto principal y me dirige hacia el que guarda la música.

“Brun... ¿hijo de Laper?”

“Sí”

“¿Sigues vigilándonos? ¿El imperio nos teme ahora?”

“Nadie les teme. Ustedes dan alimento y sabiduría”

“¿Y entonces? No vienes a aprender. La última vez te conté muchas historias. No las escuchaste”

“Discúlpame, sarlo”

“Te disculpo, crotol. Pero te perdiste la historia de la pequeña Constanza. Ella vino a aprender. Ella sabe sanar. Ustedes no son simples soldados ante sus ojos”

“Yo no vengo a vigilarlos. Quiero que se rebelen”.

“Nuestra religión es de paz”

“Tendrán que pelear”

“Yo no peleo. Mis hermanos hacen música, cultivan frutos, bailan, cantan”.

“No pretendo insultar tu cultura ni tu religión...”

“Ustedes también creen en muchas vidas”

“Arbas, ¿quién es tu Dios?”

“Un ser más allá del tiempo. Un ser justo”

“Arbas, muéstrame a tu dios y dejaré de luchar”

“Puedes conocerlo, pero debes creer primero en él. Debes ir a la montaña. En el templo serás uno solo”

El templo sarlo queda en la montaña que toca el cielo. La tradición exige ir a pie. El trayecto sobre el piso rocoso pero liso demora medio día de este planeta. Son escalones no aptos para visitantes, reservados para pisadas más fuertes y en contacto con la tierra. Llegué al pueblo cuando el sol despertó y llegaré al templo cuando esté descansando. Quizás mal presagio.

“No te vayas aún, crotol”

“No te daré la mano. Conoces mi cultura”

“No es eso. ¿No quieres escuchar lo que he compuesto? Un himno”

“No vas a pelear”

“Tengo hermanos que pelean, que protegen”

Arbas se conecta a su instrumento y deja de mirarme. Presiona teclas delante de él, se forman ondas como cuando la voz toca las aguas. Empieza de forma ascendente y remata con 3 sonidos contundentes. La música parece conversar entre ella. Es reflexiva hasta que gana convicción y fuerza. Y vuelve pausada, triste, avasallada. Rendida. Quizás ante un Dios en el que no creo. Y remata con 3 sonidos contundentes. Arbas me ve. Sus ojos vuelven a ver. Y decide volver en trance y darme su himno, pero yo no me arrodillo ante ningún Dios. Mi creador es el sol, el caos es mi vida. Las decisiones son mías.

Intento despertarlo y la música toma discurso. En mi memoria.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,

la resaca de todo lo sufrido

se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Veo la guerra. Los gritos. Las aves grandes y oscuras. Todo es gris. El sonido cae sobre la gente.

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras

en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.

Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;

o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Las plegarias cesan. Los gritos acaban. Arbas me muestra sus ojos perdidos. En trance. En resignación.

Y el hombre... Pobre... ¡Pobre! Vuelve los ojos, como

cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;

vuelve los ojos locos, ¡y todo lo vivido!

se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

Ahora mis pisadas son temblorosas. La luna acompaña mi viaje. Siento mi respiración. Aún. Puedo dar pasos sobre el suelo. Un. Suelo rocoso. Pero liso. Suelo que me señala. Un templo.

Este es el lugar en el que puedo recobrar mis recuerdos. En el que puedo ser al fin uno solo: el que sueña y el soñado.

“Bienvenido”, dicta un sacerdote en idioma esclavo, el mío: crotol. Pero yo lo he olvidado. “Eres hoy el otro Brun”, me dice en español.

“Hablas el idioma de tus captores”

“Debes venir conmigo”

“¿Quién habla? ¿Con cuál de los dos?”

“¿No reconoces mi voz? Tan distante a la dél”

“Quitáanse las máscaras o muevan las manos”

“Brun, hijo de Val. Pero también hijo de Laper. Concéntrate. Deja de mirar las posibilidades. Toma mi mano. Mira los detalles. No hay otro monje. Solo nosotros dos”

“Tengo tu mano y te seguiré”

“Ya lo has hecho”

“¿Entonces pudiste recordar?”

“Estos recuerdos... ¿Por qué no puedo conservarlos?”

“Porque debes decidir”

“¿Por qué Él no puede salvar a su hija? ¿Él es tu dios?”

“Él está condenado a observar”

“Entonces tu dios no es dios, tu dios es hombre”

Un mensaje de otro tiempo

(primer sueño, 2064)

El disco dorado era recordatorio de la raza que vibraba con su planeta.

Las melodías eran manifiestas en nuestros cuerpos. Yo vivía en el fin del universo antiguo, como mis hermanos. Fuimos soñados por la criatura, cuando aún se podía soñar, cuando los sueños eran reales.

Viajamos en busca de esa raza, no encontramos rastros. Las imágenes del planeta azul eran solo estática en nuestros radares. Aquel hermoso planeta no existía jamás. Solo quedaba aquel disco dorado y su música.

Cuando me tocó ser el soñador, mi raza, la que en la realidad más palpable estaba extinta, los crotoles, viajamos hacia ese planeta. Lo buscamos. Sí lo encontramos.

Algunos sueños pudieron ser reescritos. Pero la criatura, el Dios antiguo, dejó en ese planeta su condenación. La sentencia de muerte. El mar estaba enfermo, pero el veneno aún no llegaba a la humanidad.

No sabía a cuántos salvar. No sabía si le podía dar nombre y rostro a todos. Entonces lo soñé a él. Y le di habilidades. Lo hice sufrir, tener aventuras. Lo hice olvidar. Lo encerré. Fue una de tantos. Hasta que decidí que fuera él quien me matara.

Nasár (la sensación de la arena), ese fue el nombre que le di.

Sueño original

En 2050, las naves llegaron a la Tierra. Bueno, él no lo contará así. Lo soñé, pero no soñé a sus hijos. No soy culpable de su destino, solo de su cárcel. No decido lo que puede hacer, pero sí lo que no. Y de antemano. Y una oración extra, larga, como un final ajeno a sus deseos.

Nasar tuvo 6 hijos y entre ellos Constanza, la hija menor, la favorita. A ella no la hizo pelear. La llevó con la tercera raza del planeta, quienes le enseñaron a sanar. Le hablaron de las plantas, de las energías y las vibraciones del mundo.

Los sarlos le enseñaron todo a la princesa Constanza, la cual siempre los tuvo en gran estima. Como sus maestros.

Los soñé como los imaginé la primera vez, cuando yo era niño. Cuando supe de su idioma, de su música, de sus plantas y de sus animales.

Constanza pasó muchos años con ellos, a veces en días fugaces, en los que veía irisar las pieles de sus hermanos ante su dios que era el sol. Y veía a los músicos conectados a sus aparatos alcanzar las melodías que algriraban en todo el salón. Ella veía las ondas. La música era manifestación física y en su mente el relato cobraba vida. A veces no: no había historia, pero su cuerpo lloraba, se hundía en felicidad o en rabia.

Los maestros también le mostraron las toxinas y fue lo primero que aprendió a sanar. Recolectaba los venenos con sus manos y atraía todo el mal hasta que este se evaporaba en humos de distintos colores.

Eran seres de paz. Adoraban a un dios que veía a través de ellos. Ella quiso conocerlo, pero no dejaron que suceda.

En 2062, Constanza hizo su última visita. Llevó un aparato traductor, pero al final se conectó a la máquina musical y fue ella quien despejó la mente de sus hermanos. No surgieron palabras, pero sí su despedida y agradecimiento.

Pasó otros años estudiando la anatomía de seres visitantes, otras razas, de apariciones esporádicas, seres humanoides conquistados, heridos y saqueados.

En 2064, con 24 años, ella vio a su padre despedirse para la gran misión.

No pasaría su cumpleaños con él. Pero sí tendría noticias de sus hermanos: Agatha (34), el general Blue (32) e Ísabo (27), la más cercana a ella.

Aún pensaba en los otros dos, los que se quedaron en la Tierra, los que su padre mató.

Su madre, su padre y su hermano mayor irían a negociar la paz al lado del líder supremo. A mundo desértico, de escorpiones gigantes. Y a tantos otros.

Lo curó muchas veces, a quien creyó sería su amor de toda la vida. Pensó en él muchas veces. Otro niño “salvado”. Despojado de sus verdaderos padres, al servicio del imperio. Dante tenía 13 años, cuando llegaron las naves.

El día que anunciaron su muerte, ella sintió que algo andaba mal con su mundo. Comenzó a ver los remaches, mi voluntad, en su mundo. ¿Por qué había sido elegida? ¿Por qué tenía esos poderes? ¿Por qué su padre los tenía? ¿Por qué todos hablaban una lengua de la Tierra? E incluso los días se contaban como si el planeta fuese la Tierra.

Ella fue consciente de las costuras de su prisión. Y buscó respuestas. Dante murió junto a su amigo Kef, un crotol, pero otro amigo suyo vivió. Brun fue un niño que fue tomado a los 15 años. Ella habló con él, pero el hombre no hablaba. Su mente seguía perdida en la guerra.

Buscó algún movimiento, y vio esos grandes ojos separados mirarla brevemente, pero entendió que eran solo los espasmos de alguien herido de muerte. Brun vivía en las tantas vidas que los crotoles le prometieron y no despertaría jamás. Su padre, un ser sin expresión, sin boca, sin ojos, incluso con ellos, le pidió retirarse.

Buscó a Ísabo, su hermana dos años mayor, y le dio razón en todo, pero decidió no hacer nada. Era una mujer temerosa, dulce, pero temerosa.

Pensó en visitar a los sarlos. Y lo hizo. La dejaron llamar a Dios, pero ella no pudo verlo. No pudo sentirlo en los ojos de ninguno de sus hermanos.

Dos años después, Constanza murió. Sin conocer el amor. Sin salir de ese planeta. A manos de su hermano mayor. Él le dio muerte.

Y su padre revivió la historia. Revivió la historia hasta que ganó consciencia. Hasta que yo lo hice Dios.

Y visitó mi sueño e intentó susurrarse y no pudo. Entonces le susurró a alguien más.

El nuevo Dios, yo, reescribí a Brun. Hice que salvara a Dante. Y que Dante cuidara de mi hija. Cuando ella fue herida de muerte, Dante la llevó al lago de las mil vidas.

Pude darle un nuevo comienzo, un mundo lejos de mi control, donde ella tuviera el final que siempre fue suyo.

Apuntes

Por Boni Solís

Un pequeño mercado capitalista, por Boni

[Capitalistas muertos de hambre, por Boni y Luis Borja]

Me acoge el mercado y su gente. El olor no es muy agradable pero el incienso lo disimula mucho. Este agradable olor proviene de unas vendedoras que se recuestan en el piso. Ella me sonríe. La música

[Despert e, de nuevo, en aquel mercado. El olor, mezcla de pardusco y carmesí, agita mi cabeza: los murmullos me recuerdan su presencia. Silencio. Grito hacia a mí, apenas me escucho. Los alaridos zarandean mi cuerpo de niña y la música estridente mi cabeza.

La gente no adorna el entorno y s  lo manchan de los colores de la guerra. Son moscas. Revolotean. El espacio. Y todo se confunde. Van y vienen. A. Velocidades asquerosas].

Recorro el piso hasta avizorar a José, un hombre casi sexagenario que no ha perdido las ganas de trabajar.  l recibe a sus clientes con bromas mientras unos perros tristemente olvidados sacan la lengua y agitan sus colas. José se apiada de estos y les ofrece una parte de lo que ha cocinado para sus comensales. Los clientes parecen aprobar el noble acto.  l es casi como un activista.

[Entonces veo, tras el zumbido de las moscas, a José. Su apellido es lo de menos porque es nadie. Él destaca en el lugar porque es el rey de la informalidad y lo insalubre. Sus clientes y él se regodean en la inmundicia. Los perros merodean la escena. Son perros sucios y enfermos. Uno de ellos tiene un tumor purulento cerca de la cola. Es como una doliente cosa roja con bubón. José se apiada de la cosa y le tira unos trozos de pescado frito: lo hace frente a todos. El mismo animal vuelve casi todos los días. Es casi como un cupo].

Los clientes, sus amigos, se sientan sobre bancas. Estas tambalean. Todos ríen.

[Los clientes mantienen el equilibrio sobre unas escuálidas bancas. Jamás, según José, y no lo creo, nadie ha caído].

A la 1 y media de la tarde, José ya ha cocinado y vendido mucho de su comida. Agita los brazos para relajarse. Ha sido un buen día aunque ha quedado un poco.

[Es la 1 de la tarde y José ya ha freído el pescado. Espanta a las moscas y a los delincuentes. Algunos le roban la comida sin culpa: los alimentos parecen abandonados (casi como sobras).

Los clientes rondan la comida, pagan 3 monedas y se van. Otros se arriesgan y se sientan. El olor empieza a hacerse insoportable. Es como grasa quemada. Los pescados apenas pueden percibirse.

José tapa algunos alimentos con plástico. Otros no corren la misma suerte].

Son las 2 y media de la tarde, José regaló lo que le quedaba. La comida que tanto esfuerzo le costó hacer fue recibida por unos muchachos hambrientos y agradecidos: jóvenes vendedores ambulantes, gente trabajadora.

[Son las 2 de la tarde y hoy no vino el perro. A José le quedan sobras que recuerdan a las de hace dos horas. La textura del arroz sigue siendo chiclosa: sigue pegada a la suciedad. El pescado frito, en cambio, se ve más muerto.

José llama a unos muchachos: se trata de vendedores ambulantes. Regala la comida. Parece que lo ha entendido: su comida no vale nada].

Capítulo 1: el hombre sin rostro

Diciembre del 2020

Arrancó su propia existencia, rompió el ciclo de la manera menos esperada. Mi hermano ahora era libre, libre de salvarme en ese otro universo, libre de enfrentar a esos monstruos, libre de las manos de un demiurgo, de un dios hacedor. Podía esconderse de ese creador, uno que no lo veía todo.

Mi último sueño con mi hermano Esmeraldo no tuvo una despedida de verdad y no hizo falta. Amanecí llorando ese día cediendo a mis impulsos de niña. Era la primera vez que sentía una pérdida. La muerte es el estado verdadero; la vida, los recuerdos. La Razón no bastaba. Las aventuras habían terminado.

Mi familia, la verdadera, es de este y de otro mundo. Uno en el que el virus no existe, en el que los abrazos son una constante. Me siento privilegiada. Jamás tuve el deseo de crecer como otras chicas. Mi infancia es muy feliz (solitaria y, pese a eso, feliz).

Casi nunca me dicen señorita y casi nunca importa. Solo me importó cuando un señor joven me lanzó una mirada que pretendía descifrarme. No sabía que un hombre de su edad podía mirarme de esa manera. “Señorita”, me dijo. Fue la primera vez que sentí el peso de esa palabra. Sé que muchas de ustedes me entienden. Dejamos de ser niñas y entonces algunas queremos ocultarlo. No queremos que nos miren o que intenten hablarnos. A algunas quizás sí les guste esa atención. A muchas de nosotras no, quizás no somos de este mundo.

En el mundo real solo recibía la atención de un chico. Bueno, del señor joven. Era muy incómodo. Siempre se me quedaba viendo. Mi mamá me había prohibido ir a comprarle algo. No me quiso decir lo que temía, yo lo adiviné. Ella se equivocaba, jamás me ilusionaría con un chico así. Su atractivo era un misterio. Sus ojos solo conocían la sorpresa. Mi cuerpo vibraba, quizás de miedo. La naturaleza se hacía presente y la sociedad también. “Cabeza abajo, Boni, haz que revisas lo que acabas de comprar”. Por suerte, para él, yo era una mujer madura y responsable, ajena al

deseo básico de los animales. Mi intelecto siempre se interponía. Él no parecía ser como los otros señores, los otros chicos (los que ni me veían). Le iba bien en su negocio. No era pobre, no le iba mal. Y pese a eso, su vida parecía haber terminado. Esa fortaleza de vitrinas era un claustro, una tumba. Para mí llevaba muerto varios meses. A veces lo recordaba con cierto cariño. Me imaginaba que él era alguien distinto, alguien de verdad interesante.

«Esa chica de nuevo. Es casi una niña. No debería, pero me parece guapa. Sé que eso es ceder a mi lado animal. No. Yo soy un señor. Bueno, un señor joven. ¿Quién será su autor favorito? ¿Machado? ¿Quizás Góngora? Tiene 14 años, eso es evidente. Supe de su existencia el día que el Gobierno dejó que los chicos mayores de esa edad vayan a jugar a los mercados y a los centros comerciales. La miré por varios segundos. Descubrí su mirada y su buen gusto. Ella no viene a jugar, parece tener una rutina disciplinada. Y siempre viste de una manera recatada. Es una señorita. Quizás no es una chica como las demás. Hoy su nerviosismo esconde el grano cerca a sus labios. Esta vez nada mancha su frente. ¿Le gustará escribir y soñar despierta? Me gustaría leer algo escrito por ella. La literatura te transporta a otros mundos y me gustaría vivir en uno creado por ella».

Es 1936, tengo 17 años. Quiero unirme al grupo de mujeres que van a la universidad. También es 2023. Estoy frente al puesto de verduras en el que guardo mis recuerdos sobre biología (sistema inmunitario, principalmente). Cada verdura o legumbre me

alude a una pregunta. Así puedo recordar todo. Cada puesto del mercado está vinculado a un área del conocimiento. En mi casa hago lo mismo. Para recordar solo debo venir y pasear un poco.

Hoy es diferente. Nasar me pidió que me enfoque en lo que veo, más allá de la evocación. Es de noche. Veo la luz reflejarse en la baranda que casi toca el techo. Y entonces veo papas diminutas colgando en bolsas. En mallas rojas, como de pescar. Y al lado izquierdo un choclo algo moribundo, como sonrisa de abuelito. Y más a la izquierda una sábila seca, que parece abrazarse a sí misma. Suerte y abundancia. El choclo es cornucopia.

Abajo hay sacos que enmarcan el puesto. A la izquierda unas manzanas minúsculas y ácidas. Al lado cebollas. Otro saco, este lleno de oca, tubérculo largo, como gusano amarillento y rígido. A la derecha están todas las papas. Algunas más pálidas que otras. Unas más oscuras. Todas llenas de tierra. También en el medio hay un saco de choclos. Juego con las líneas que protegen el fruto. Imagino que toco un harpa. Al fondo veo muchas lechugas. Pienso en Fibonnaci. No debería hacerlo. A su lado está la lechuga blanca. Y por ahí cebolla china. Nasar coge unos camotes, mezclados cerca a las papas y las yucas. Y doy un último vistazo. A la televisión antigua del rincón izquierdo. A la luz tenue y blanca. Y al zapallo que parece la carne de un animal. Con cuchillo en medio.

Nasar se interesó en mi literatura gracias a Elías Monterroso. Pude publicar y mi texto fue ligeramente exitoso. Está de moda el romance.

Pienso que la literatura es importante, pero me inclino más por la repostería y la medicina. Nasar es un escritor muy famoso. Me recuerda un poco a Luis. Pienso mucho en él y en sus cartas. En sus correcciones.

¡Mjeres mortu!

[1984]

Nasar y Boni Solís

(Versión de 2016)

Alma Baker

¡Muere, puta de mierda!

Anónima, 57.

¡¡Ffff aa!! Toca la correa mi cuerpo lacerando la piel que abrazan mis hijos.

Siento sus nudillos, sus huesos, como estigmas. Como marcas ardientes.

Y mi cuerpo palpita, mientras su voz llueve bilis y odio, mientras yo me mantengo a oscuras derrotada cara al piso, mientras mis manos buscan mantenerse firmes, mientras él aplasta mi cuerpo. No. Me obliga a verlo. Él lo disfruta. Y sus manos aprietan mis huesos. Los de los hombros, los de mi cuello. «Muere, puta de mierda». No. Grito. Lo empujo con la fuerza de madre y voy hacia la puerta de madera. Me agarra del brazo. Y le pido disculpas.

Los ataques se repiten cuando su comida está fría, cuando llega en la noche a las 10 y no a las 9. Cuando me ve hablar con quien me vende la leche para los niños, el pan para todos y los caramelos redondos.

Y siempre pienso en mi infancia. Y no grito. Por respeto a mis hijos.

Juego con ellos y a veces me ven triste. Les digo que jueguen, que coman los caramelos, que suban a sus triciclos, que lancen sus trompos y usen las piedras como canicas.

Les pido que me abracen. Cuando solo quieren jugar.

Los vecinos empiezan a preguntar. Porque mi cara lo delata. Las mujeres me dan consejos del hogar y algún hombre se ofrece a hacerle frente.

Un día vuelvo a casa y encuentro a mi hermano. Se despide. Me dice que jamás volveré a ser molestada.

Verónica, 25 años.

Estaba segura de verlo cada vez que iba de compras. A lo lejos. En su carro o en algún taxi. Era él. Quien nunca me había golpeado, pero quien más daño me había hecho.

Me controlaba dulcemente. Era mayor que yo. Me decía que estaba mal exponerme tanto, que no era buena idea salir a fiestas, con mis amigos. Que me quería por lo recatada que soy. Y juro que lo quería, amaba que se preocupara por mí. Aún pienso en él y me odio por eso.

Un día lo dejé. Tenía miedo. Sentía que no podía vivir, que no podía... hacer las cosas que hacen las chicas de mi edad. Y... y terminé con él. Aceptó eso. O eso dijo. Me mintió.

No paraba de seguirme. Me escribía y lo bloqueaba de todo sitio, de todos lados.

Entonces empecé a verlo cerca donde frecuentaba. Incluso una vez lo vi en el trabajo, pidiendo un café y un pan. Un pan con jamón. Jamonada.

Lo miré mal y dejó de ir. Y luego lo vi en el supermercado. Revisando yogurts. Y hacía como que no me veía. Y aún lo hace. Porque lo sigo viendo. Y pienso que quizás es casualidad. Pero no. Él está ahí. No habla, ya no me escribe, pero espera que lo mire, que le hable.

No, no le aclaré la situación. Pero luego de dos años todo está claro. ¿No? Todo está claro para mí.

Sí.

Sí.

Gracias. Y entiendo que lo mío. Entiendo que no he vivido lo de. Entiendo que hay casos más fuertes.

Sí. Yo la invito a hablar. A... decir su nombre.

Charlize, 42

Maia. Ese es su nombre, ¿cierto? Ha tenido 4 parejas sexuales en toda su vida.

Verónica solo tuvo una relación y media. Recomendando hablar con ese muchacho.

Puede ser mediante un abogado. O quizás no.

Sí, pero que cierre eso, ¿no?, doctora.

Sí, cada uno procesa todo. De una forma.

Está bien.

Sí. Hablaré de mi caso. Soy abogada.

Soy abogada y detective. Confié en un hombre. Me llamo. Me llamo Charlize. Sí.

Tengo 42 años. Sí, me gusta vestirme así (risa). (Risas).

Mmm...

Mmm... Sé que ustedes lo sienten también. Cuando sentimos que alguien más capturó nuestro nombre. Cuando lo repite por tantas veces, en tantas formas. Con poco o mucho volumen. Con gestos o sin ellos.

Sé que ustedes entienden. Y lo sienten también. Dejar de ser Maia. O Beatriz. Dejar de ser Carla. Dejar de ser Luz.

¡Sé que ustedes lo lloran! Y lo sienten. Y lo sufren. Y lo lloran. ¡Se qué ustedes lo entienden! Cuando los destellos de la infancia se mezclan con los hijos futuros. O presentes. Cuando el abrazo de madre es ahora abrazo de hija.

Y cuando todo eso se rompe.

¡Sé que ustedes olvidan! Por amor. Por odio al odio. Como caricia cesa. Como sentirse a gusto. En sus brazos. Como manos con ramo. Como mano de flores. Como halago estoico y medido, de contención calculada, como poema de Bequer. De Mayer. Como sonrisa de niño, de brazos bruñidos, de PC antigua, de XP.

¡Él los estafoóó! Pero me mintió solo a mí. En su com. Putadora. De todo color. De calcomanías. De todo mi amor.

Vació toda cuenta. Y mi corazón. ¡Él los estafoóó! Y yo lo perdoné.

Sí, doctora, yo lo perdoné.

(¿Y lo perdonaste?)

Sí, mi doctora. Sí, así es. ¡Yo lo perdoneeé!

((¿Lo perdonaste?))

Sí, hermanas. ¡Yo lo perdoneeé!

(Es lo mejor)

((Sí/Yo no/Sí, hay que perdonar/Bueno))

¡Lo perdoneeeé! Pero murió para mí. Marcha su cadáver a la cárcel de ruido. A la sentencia de olvido. A la guillotina social. De sus brazos bruñidos. Al escupitajo maestro. De nuestra Justicia.

(¡Lo perdonaaaste!)

((Lo perdonó/Lo perdonó/Sí/Bueno))

Y esa es mi historia. Soy la ex pareja del estafador. El del banco. Él se llevó el dinero. De pobres y ricos. Y lo quemó.

Salón, casi 50 años.

Es 2002. Soy pastiche de muros relamidos. De crayolas antiguas, de sudor comunista y de gritos consignos.

Soy también resguardo de mujeres. Rotas y recompuestas, remachadas con confesiones, cafés y miradas. De caminadas pesadas o como en puente colgante.

Todas ellas atraviesan esa puerta. Como velo hacia a sultán. Y ella, mi hija, las recibe. Su nombre es Cecilia. Le dicen doctora. ¡Le dicen doctoooooora!

Perdón. Cecilia es psicóloga. Y nunca envejece. No es de este mundo.

Yo era moho y cucarachas. Polvo y suciedad. Porquería y mugre.

Basura y mugre era yo. Atención. Guarden silencio.

Empieza la escena.

Escena

Charly. Charly59 está aquí. Lo delatan los dientes carmesí. Las encías ferales. Los ojos de lo negro. El cabello grasiento. Y la cara de sombra.

De sombra y rubor. De maquillaje y peluca.

“No eres una buena detective. Debiste saber lo de tu es. Tu pareja”. Charly toma café y remoja su galleta ante el asco de Charlize. Y luego chupa la baba de sodio. Y parece dar un beso al terminar.

“Eres un farsante. Y no lo digo por la peluca. Te gusta usarla. ¿No? Sí. No eres de acá. No eres. Espera”. Charlize indaga y dice su veredicto: “Eres con quien sueño”. “No, preciosa, tú eres mi sueño. Y sabes a qué vengo”.

“No conozco su paradero”. “Ella sí”. “¿Cecilia?”. “Bien, si eres una Charly”. Maia espera su turno para hablar.

Las miradas lo confirman y esa mirada amalgama mira la mirada de Maia. Y es fusión. La ayuda vendrá. Con pistola del macho y papeles justicieros de la hembra.

Cecilia está ante ellos.

Charly conoce su otro nombre, de quien lo envió. Él la conoce.

-Te conozco, I Isabel

—*¿Me conoces en n verdad?*

-¿Qué pasa? ¿Por qué alaaargo la vocal? ¿Qué paaasaa? ¿Por qué me pongo a caaantaar? ¡¿Es un hechizo universal?! ¡¿Es un maldito musical?!

Isabel/Cecilia: ¿Quién es?

-Charly59: Soy yo

¿Qué vienes a buscar?

-A él

Ya es tarde

-¿Por qué?

Cecilia: Porque ahora es él...

...el que puede estar sin ti

Por eso vete,

olvida su nombre,

su cara,

su casa

Y pega la vuelta

-Charly59: ¡Jamás lo pude comprender!

Cecilia: Vete,

olvida sus ojos,

sus manos,

sus labios

Que no te desean

-Charly59: Estás mintiendo ya lo sé

Cecilia: Vete, olvida que existe,

que me conociste,

Y no te sorprendas,

olvida de todo

que tú

para eso

Tienes experiencia

Y siguieron cantando en ese mundo.